

durante la guerra civil, su *Última visita al Museo del Prado*, sus reportajes sobre sus viajes a la URSS, a Alemania y a Méjico, entre otros más, sin hablar de *El hombre deshabitado* y *El adefesio*.

Ello puede explicar la presencia en *La arboleda perdida* (principalmente en el primer volumen), de una nutrida serie de personajes de toda clase que tienen un comportamiento «fuera de la norma» a los ojos de la gente «normal». Precisamente por esto, este tipo de seres humanos suscita su simpatía, esta vez a nivel de la vida cotidiana.

El poeta se siente muy próximo a ellos, como a todos los desheredados —explotados, o en este caso, «marginados». El primero que aparece en *La arboleda perdida* es Federico, un arrumbador de la antigua bodega de su padre, el cual se expresa con una incoherencia total que encanta al niño Rafael, y que al contrario hace que se encoja de hombros la «gente sensata». Pero aquél a quien evoca con muchísima frecuencia es su tío Vicente, «una maravilla de locura, de raro saber, inventiva y gracia», cuya casa, que «se iba viniendo abajo todos los días, hasta llegar a la mayor ruina» fascinaba a su sobrino, por su aspecto maravilloso y soñado de «castillo arruinado» que fue uno de los temas preferidos de los «románticos negros» y los surrealistas. Este tío «extravagante» vino a ser como una obsesión para Alberti, que le evocó además en varios poemas; en él veía, según apuntó acertadamente Geoffrey Conell, un símbolo del declive de su familia, decadencia, añadiré, que es a su vez la metáfora de una sociedad que denunció el poeta cada vez con más vehemencia a partir de los años 1929-1931. También recuerda muy bien Alberti a su tío Ignacio, que tenía la rareza de mojar los habanos en un copa de coñac y tiraba «pedos al unísono de la letanía» del Ave María, práctica ésta común al citado tío Vicente, y el primo José Ignacio. En cuanto al primo Agustinillo, «de más chico, había querido ser caballo»; el tío político de su madre, don Manuel Docavo, «después de las vísperas, se metía, vertiginoso, en la cama, quitándose sólo los calcetines, con los que a modo de guantes se calzaba las manos para continuar su lectura devota», después de la cual corría hacia la cocina y, empuñando un tenedor, iba a «clavar de un solo envite el tocino del puchero».

Todos ellos, Rafael Alberti les prefería desde luego a sus tías y tíos que espían sus pasos de muchacho en las calles del Puerto de Santa María, y encarnaban para él, al contrario de los anteriores, la moral represiva, la beatería, y el espíritu reaccionario. Otra clave, pues, que nos proporciona *La arboleda perdida*: el origen lejano de las convicciones de Rafael Alberti adulto.

De sus estancias en Rute, en 1924 y 1925, el poeta recuerda, con muchos detalles, en sus memorias, a otros personajes considerados como extravagantes: doña Colo, que toma el té con anís estrellado porque «es muy bueno para eructar», los espiritistas de Iznájar que practican una ceremonia mágica para descubrir supuestos tesoros. Y también aparece en aquellos momentos de su vida el atractivo del misterio de la muchacha llamada «la Encerrada», que terminó suicidándose, y cuya historia —imaginada— constituirá más tarde el tema de la obra de teatro *El adefesio*. La simpatía por esta desgraciada joven, castigada por sus tías en razón de no se sabe —ni pudo

averiguar Alberti— qué «pecado», demuestra una vez más esta predilección del poeta por las víctimas de una sociedad y una moral agobiantes. Otras prosas del mismo momento, y que forman parte del *Cuaderno de Rute*, tratan de estos personajes, así como de otros del mismo pueblo: el poeta Antoñuelo-canta-recio, el poeta y borrachín Rafael el de la Lázara que acaba suicidándose, el poeta y vendedor de lotería Lino el del Peo, Carabina, que parte la leña, el fondista Palmero. Todos son víctimas de un amor imposible, y sus respectivas desgracias resultan todas de una frustración sexual.

Tal no fue por cierto el caso del personaje evocado por Rafael Alberti en sus memorias —y anteriormente en uno de los capítulos de *Imagen primera de...*— que reúne el mayor número de extravagancias —siempre según la gente «normal»—: su amigo el poeta Fernando Villalón, «ganadero sevillano de reses bravas, brujo, espiritista, hipnotizador», de «fantástica vida» y de «extraña personalidad». Deseaba, como escribe Alberti, «obtener un tipo de toro de lidia que tuviera los ojos verdes»; «para cazar nereidas de agua dulce cambió sus magníficas tierras de olivares por un islote desierto y arenoso [...] que desaparecía totalmente a la hora de la marea; que para alcanzar el nirvana vivió más de siete meses en un sótano oscuro, acompañado de una cabra y un sapo»; que en un pueblecillo andaluz «había secado de una maldición el agua de todas las fuentes, llenándose esa tarde el horizonte de perros negros con cabezas blancas, que aullaron hasta el amanecer». Esto último se lo contó Villalón, pero vemos que Alberti lo admite —o finge admitirlo— como verdadero; de hecho, le encanta esta «falsa verdad», lo que viene a ser lo mismo. Fernando Villalón ejerció una verdadera fascinación sobre nuestro poeta, el cual dice en la semblanza que le dedicó en *Imagen primera de...*: «Un libro curioso y extraordinario podría recoger, y quizá sea yo algún día quien lo haga, la vida *real y poética* de Fernando Villalón.» (El cursivado es mío). Además, Alberti recuerda con evidente deleite, en *La arboleda perdida*, que durante la fiesta en honor de Góngora que se celebró en la residencia de Ignacio Sánchez Mejías, «hizo conmigo varios experimentos hipnóticos».

Como vemos, en los recuerdos de los que dejó constancia en su prosa, hay muchos ejemplos del temprano y duradero interés de Alberti por seres humanos de toda clase o condición que tenían una conducta reprobada, por razones varias, por la gente dotada del llamado «sentido común». Implícitamente, al dedicarles tantas páginas, Alberti les presenta como individuos que han conseguido, cada uno a su modo y cada uno a nivel distinto, conquistarse un espacio de libertad personal en el que pueden actuar a su antojo, así y cuando ellos mismos no tengan conciencia clara de ello.

Esta simpatía por ciertas «extravagancias» se explica por el hecho de que, según Freud, las personas de este tipo «saben más que nosotros de la realidad interior, y pueden revelarnos algunas cosas que, sin ellos, hubieran quedado impenetrables». Por cierto que la paranoia no le ha atraído nunca a Alberti. Lo que nos enseñan las páginas de su prosa que les dedicó, es que le atraen porque se mueven con una total despreocupación en medio de lo que puede parecer unas contradicciones y unas incoherencias, un universo personal para ellos tan seguro como el llamado «normal». An-

tes de ser un escritor comprometido en el sentido estricto de la palabra, Rafael Alberti se sintió, por temperamento, solidario con los que reivindicaban, contra viento y marea, la libertad de comportarse sin atenerse a reglas establecidas por una sociedad que les excluye porque se considera que ponen en peligro el equilibrio de esta misma sociedad.

La simpatía por tales personajes tiene, a otro nivel, por corolario, otra modalidad que aparece repetidas veces en las memorias del poeta: el humorismo, ora gratuito, ora como provocación. En efecto, el humorismo es una forma de negación de los prejuicios sociales, la expresión del deseo de situarse fuera de la realidad, y ofrece la posibilidad de considerar el mundo según un enfoque nuevo en el cual dejan de existir las relaciones habituales entre los objetos y seres que nos rodean.

Humorismo y provocación caracterizan las manifestaciones, de las que nos da cuenta detallada Alberti en *La arboleda perdida*, en honor de Góngora; su ya citada autobiografía de 1929; su conferencia del mismo año en el Lyceum Club Femenino, *Palomita y Galápagos* (*¡No más artríticos!*), que pronunció vestido de payaso; su *Auto de fe* (*dividido en un gargajo y cuatro cazcarrias*) de marzo de 1930 contra Ortega y Gasset, sus admiradoras, y la redacción de la *Revista de Occidente*; su artículo dialogado *Se reciben bahías*, publicado en *El Sol* el 18 de agosto de 1931, pero seguramente escrito anteriormente, en el que, como en su citada conferencia, se burla de Juan Ramón Jiménez por su uso de los alejandrinos, de Valle Inclán por su empleo de los versos de nueve sílabas en *La Marquesa Rosalinda*, de Eugenio d'Ors «pensador catalán recorriendo en *maillot* las ramblas de Barcelona», y otra vez de Juan Ramón Jiménez, al decir que en el periódico que está leyendo descubre el siguiente anuncio: «Almas de violeta, polvos: en las mejores perfumerías».

Humorismo y provocación hay también en los sabrosos poemas que dedicó Alberti en 1929 a los «tontos del cine». En *La arboleda perdida*, leemos: «Una flor de ternura guardo aún en mi corazón para los grandes tontos adorables [...] héroes todos de mi libro naciente [...] *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*. Al teatro iba poco. El cine era lo que me apasionaba». Podemos recordar a este respecto lo que decía Breton del séptimo arte en *Nadja* (1928): «Nunca conocí nada más magnetizador». Este cine cómico era capaz, como escribió Ado Kyrou, de «llevar el humorismo hasta la inmensa explosión de la carcajada rechinante, destruyendo de paso toda la podredumbre de las costumbres, de lo convencional, y del "no"». Una misma lógica de lo absurdo reina en las películas de Harold Lloyd, Charlie Chaplin, Buster Keaton, etcétera. ¿Cómo no iba a gustar tal lógica al no conformista Rafael Alberti! También estos recuerdos de *La arboleda perdida* nos explican el porqué de la reaparición nostálgica del cómico del cine mudo que no reía nunca entre los recientes *Versos sueltos de cada día*, libro en el que podemos leer los siguientes:

Tú fuiste, tú, —B. K.—, el ángel mudo,
el silencioso,
de ojos vacunos, tristes,
de mis años aquellos...

Te buscaba en las tardes,
 en esas horas
 de goce juvenil en las penumbras,
 de los cines de barrio...
 Esta noche te he visto,
 callado, melancólico, impasible,
 ángel mio de entonces, tan distante,
 pero tan puro y grácil, tan sonámbulo,
 tan bello, sí, tan solo, como siempre.

Versos que aclara *La arboleda perdida*, en cuyo segundo volumen Alberti escribe: «Acostumbrado a no tener fiebre jamás ahora me adormezco entreviendo a Buster Keaton enamorado de su vaca [...]», y en otra página: «Prefiero [a una película pornográfica que está viendo en su video], el mudo amor de Buster Keaton enamorado de una vaca.»

De las páginas de *La arboleda perdida* y de otras muchas prosas de Alberti se podrían sacar recuerdos o testimonios que nos permitirían dar mejor cuenta de las sucesivas etapas de su trayectoria de hombre, de ciudadano, de poeta, de dramaturgo. Entre la multitud de datos importantes que nos brinda su obra prosística a este respecto, y que además nos ofrecen importantes claves para la justa interpretación de sus demás creaciones, sólo he podido escoger hoy algunos que, con razón o sin ella, ustedes dirán, me han parecido característicos.

Mi contribución tiene por único propósito invitar a los investigadores, a los admiradores de Alberti a que sigan buscando en su prosa, más allá del documento sobre la vida literaria y política en la España de lo que va de siglo, todo lo que nos permita llegar cada vez más a una mejor comprensión de la obra magnífica de la que Rafael Alberti nos hace el espléndido regalo.

Robert Marrast





Con Luis Buñuel